CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Muntaner, 22, bajos
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —
R. Rucabado.-Carlos Jordá.-J. M. López Picó.-F. de Sagarra.-Eladio Homs.-J. Martí y Sábat.-J. Farrán y Mayoral.-Manuel Reventós.-Emilio Vallés.-J. Garriga Massó.-Ernesto Homs.-María C. Torner.-Eugenio d'Ors.-J. Torres García.-D. Martínez Ferrando.-Bernabé Martí y Bofarull.-J. Bosacoma y Pou.-Luis Jover Nunell.-J. Bassols.-C. Creuhet.-L. Figueras Dotti.

SUSCRIPCIÓN
España . . . . . 3 pesetas trimestre
Europa . . . . . 3 francos
Número suelto . . . 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año VI — Barcelona 16 de Marzo de 1912 — Núm. 232

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

SUMARIO

«La Ben Plantada» y la ideología de nuestro renacimiento, por RAMÓN RUCABADO.

«Epílogo». — *Ultimo capítulo de «La Ben Plantada»*, (traducción).

Juicios sobre «La Ben Plantada», de ALEJANDRO PLANA, JUAN ALCOVER, MANUEL DE MONTOLÍU, MARCEL ROBÍN.*

Las tendencias autonomistas en la Europa contemporánea, por el Prof. SEIGNOBOS, (traducción precedida de una Noticia sobre *la Oficina central de las Nacionalidades*, de París).

La agitación obrera en Europa, Socialismo y sindicalismo, II, por TOMÁS ELORRIETA Y ARTAZA. *

La nacionalización del seguro. VIII, IX, X, por ANTONIO BALAÑÁ.

La cuestión del Cinematógrafo y de la moral de la calle. Nuestra información.

Los problemas pedagógico y moral del Cine, I, por el P. F. DE BARBENS.*

La Semana:

NOTA DE ACTUALIDAD. — *Proceso sensacional*, por R.

EL CONGRESO DE HIGIENE ESCOLAR. — *Noticia y lista de temas.*

Balmes Político, IV, por M. ARBOLEYA MARTÍNEZ.*

En uno de nuestros próximos números, nuestro colaborador don J. M. López Picó se ocupará de «La Ben Plantada» desde el punto de vista literario.

Curso Miguel Angel

Continúa abierta la inscripción para el volúmen conteniendo las Conferencias del Curso:

Precio. . . . . 5 ptas.

Inscripciones anteriores. . 14 ejemplares

Nueva inscripción:

D. Manuel Ainaud. . . . 1 »

15

"LA BEN PLANTADA"

y la ideología de nuestro renacimiento

Don Ramón María Tenreiro, que se ha ocupado de *La Ben Plantada* en las páginas de «La Lectura» (1) aplaude el argumento sentimental de la novela de Eugenio d'Ors y se rebela á aceptar el significado normal y simbólico de la misma. Se enamora de la casi insignificante *trama*, de lo de «la bella dama que... trae á mal traer á todo un coro de desocupados varones..., que en las fiestas estivales teje lentamente los almibarados cantos de un idilio secreto... pero hete aquí que cuando toca á su fin la temporada veraniega aparece un novio..., y cada uno de los amadores gimen calladamente al golpe de un recóndito desengaño». Se burla en cambio del valor trascendental que el autor,— y con el autor toda una legión de espíritus jóvenes— dá á su protagonista. Confiesa, es cierto, no estar iniciado en la *cábala novecentista*, y funda en esta ignorancia el no ver en la Ben Plantada otra cosa que «una de tantas señoritas beocias, incultas, limitadas, de las que se pasean en automovil forradas de pieles por fuera y de prejuicios por dentro; seres de lujo sin refinamiento y de poder sin inteligencia, frutos de una burguesia advenediza rica en medios económicos pero misérrima en dones del epíritu, calamidad de las más graves que afligen á la actual vida española donde los que poseen y pueden figuran dignamente en las clases menos cultas de la sociedad.» Este juicio que hace exclamar al crítico: «¿Esta doncella podrá ser rosado símbolo de la Cataluña que nace? ¡Pobre Cataluña si lo fuera!», lo deduce de lo vulgar del tipo físico de esta «buena moza, criada en la más adocenada de las familias» y de su alma «que no brilla tampoco por la espiritualidad de gustos ya que sus preferencias son, según Ors nos refiere:—Primero, dormir. Segundo, bañarse. Tercero, ir al teatro. Cuarto, bailar. Quinto, recibir cartas de las amigas. Sexto, coser. Séptimo, lavar en el verano, si no se lo prohibiesen, con los brazos bien metidos dentro del agua Octavo, leer. Noveno hacer visitas, conversar y otros deberes que la sociedad impone. Décimo, contestar á las cartas de las amigas.» Seguidamente, descubre el cronista madrileño «que su corazón no sale del círculo de los corazones comunes: hay un capítulo en el libro en un mendigo pide con insistencia limosna á la Ben Plantada y ella se niega á socorrerlo, no porque su refinamiento en materia benéfica la lleve á considerar como perniciosa la caridad callejera, sino porque aquél no es su día de hacer dádivas:—*«Torni'l dimars.* Vuelva el martes.»

Don Ramon María Tenreiro es el sincero representante de una mentalidad, de un pueblo, de un alma, de una tradición, que no comprenderá ni ahora ni nunca, el libro de *La Ben Plantada*. No sabe ver más que una anécdota en donde no hay menos que una Lección. Halla prosaico un tipo inventado expresamente para la reivindicación de lo prosaico. Busca espiritualidad de *gusto* donde le dan espiritualizaciónhasta de las más sencillas é indiferentes cosas de la vida corriente. Se ríe de la petulancia «huera» de los catalanes con este «componer rotundos rótulos», y no advierte que nuestro «ponerlo todo en mayúscula» significa *tomarlo todo en serio*, es decir, todo lo contrario de esta especie de *escepticismo obligatorio* en que vive á gusto la mentalidad cuyo verbo el señor Tenreiro ha sido, la cual es el antípoda de nuestro espíritu, hasta el punto de llegar á justificar que cuidadosos de salvaguardar nuestra acometividad nacional de todo contagio de pesimismo, escribamos *la Rassa*, así, en mayúscula.

El *fiel contraste entre La Ben Plantada y un Diputado demócrata*, que figura en el segundo capítulo de la tercera parte del libro de Xenius, se ha repetido con mayor viveza con el señor don Ramón María Tenreiro. No parece sino que Ors preveyó la crítica de *La Lectura*, cuando se anticipó á formular el juicio del «Diputado de la mayoría parlamentaria por algún lugar de Galicia», sobre *La Ben Plantada* y los catalanes, en un divertido episodio (1) que es

1) N.º de Febrero 1912.—P. 152.

(1) *La Ben Plantada*. Pág. 152.

oportuno reportar en este punto. En una reunión dice el personaje señalando á aquella:—«Este joven modernista que le dá conversación, pierde el tiempo. En este país, en España, la mujer no tiene cultura». «Dijo (comenta el libro) *joven modernista* porque en las ciudades donde él vive se habla todavía de modernistas. Dijo *la mujer*, en lugar de *las mujeres*, porque ellos, los jóvenes diputados demócratas hablan así. Dijo *cultura*, que en su vocabulario quiere decir *instrucción*, porque poco llegaría él á sospechar que una mujer como la Teresa, tan obediente á la oculta tradición, antigua y noble de su Raza, TENDRÍA UNA CULTURA, AUNQUE NO SUPIESE LEER...» Más abajo, habla otra vez el Diputado demócrata:—«Hay que desengañarse, no sirven ustedes (los catalanes) para estas cosas. No hay aquí aquella animación, aquella esplendidez, aquella alegría, es claro, que no se mira un duro, vamos. ¡Si ustedes viesen! ¡Una de automóviles que dá la hora en las puertas del Kursaal de San Sebastián!»... Al día siguiente, domingo, día de misa, «tan pronto como vé en la plaza á la Teresa con sus amigas, el Diputado demócrata se acerca, á darle conversación. Hace algunas graciosas caricaturas verbales de los personajes que entraban en la iglesia:—«Mire usted, mire usted, esta beata que ahora viene, con su gran abanico del tiempo de Maricastaña».—«Esta señora, responde dulcemente la Teresa, es mi madre..» Después de misa hubo danza. Naturalmente, el joven Diputado demócrata, no sabía bailar».

Esta obra de restauración de nuestra gente catalana en la vida normal, de hacerla comprender el sentido espiritual que contiene todo aquello que es en nosotros lo más humilde y lo más monótono, de reedificar la humanidad dentro de nuestra catalanidad, empezando por *los primeros sillares* de los cimientos, no pueden comprenderla aquellos que tienen en el fondo la obsesión del Genio. Y de esta obra de reedificación pone *La Ben Plantada* la primera piedra, con su sola aparición. Escuchad:

«Entonces ocurre algo de infinitamente dulce. Callando, aplicando el oído, dando toda el alma á la atención, habréis sentido como *La Ben Plantada* habla con sus amigas un catalán puro y adecuado» (1).

Nada hay más vulgar y que, al parecer, menos haya de llamar la atención, en Cataluña, que el hecho de *hablar en catalán*. Pues bien, el hablar catalán, *es una cultura*. Es un refinamiento. Es algo de espiritual y ¿quién lo duda? de trascendental.

Es que hay dos maneras de vivir, dos maneras de ser sencillas y vulgares las cosas. Como hay dos maneras de hablar catalán en Cataluña: *por inercia* y *por renovación*. Hay mucha gente que habla y escribe en catalán *como sus abuelos*. Pero las generaciones nuevas hablamos y escribimos en catalán por conciencia de nuestra personalidad nacional. La lengua, en substancia, es la misma. Pero en los primeros, la costumbre secular, irreflexiva, puramente imitativa, amenaza perderse en la corrupción general á la cual no son rebeldes sino solo sobrevivientes. En nosotros la intervención del espíritu es lo que hace de nuestro hablar una cosa viva, con ansias de perfección y de gloria. Ellos hablan *todavía* catalán. Nosotros hablamos *ya* catalán. La diferencia es bien clara: es la presencia del espíritu.

Tan cierto es esto que en los que hablan nuestra lengua por rutina y herencia es donde encontramos con mayor abundancia los síntomas de la descomposición y de la muerte de una lengua: groserías, blasfemias, barbarismos, pedestrismos.

Mientras que en *nuestro hablar catalán* todo es señal de vida y desarrollo: pulcritud, limpieza, control, refinamiento, tendencia constante á la purificación, á la precisión.

Según el sentido emanado de esta ideología que tiene en la Ben Plantada su encarnación y poetización, *hablar catalán* quiere decir expresarse según ley de tradición, á la vez que según conciencia, hablar lisa, sencilla, clara y limpiamente como la vida requiere; hablar sin retórica, sin afectación ni grosería; sin laconismo y sin culteranismo, sin desbordamientos de falsa elocuencia y sin sequedades de impotencia. No hay otra manera de definirlo que diciendo: *hablaba simplemente catalán*.

«*Claro y catalán*»-¿á que mayor cultura nacional podemos aspirar, en que el hablar, el hablar simple, evoque un sentido más completo, más integro de perfección? La Ben Plantada *ya* habla en catalán, lo habla según renovación, según espíritu; bien podríamos escribir su Hablar Catalán, con letra mayúscula, porque tiene, para nuestros ojos llenos de ansias de perfección un valor magistral.

Semejante camino podríamos repetir en todos y en cada uno de los órdenes en que este símbolo de la Ben Plantada personifica dignificaciones de cosas vivas, que habían sido postergadas y aborrecidas por los románticos y los geniales, por la mentalidad ochocentista que se refugia ahora en los vivaques de *la democracia parlamentaria*. Este mismo mote de *ordinario*—que seguramente Ors aceptaría como precisa definición, si no estuviese relajado en demasía-¿no quiere decir acaso *cosa de orden*, ordenada, subordinada á un tipo dado? He aquí que encontramos en la Ben Plantada nueva venerabilidad por donde el señor don Ramón María Tenreiro ha hecho visajes de desprecio. Nos referimos al *tipo* físico y moral de la mujer catalana.

¿Quién es el verdadero dandy? decía Jorge Brummel. Dandy es el que pasearse puede por Piccadilly á las doce del día sin llamar la atención. Es decir, todo lo contrario de lo genial, de lo excepcional, de lo original. Es decir: sumisión á un tipo, dado acatamiento de la norma. La Ben Plantada al ser sobresaliente en estatura, generosa en estructura, de pies no harto menudos, y manos algo amplias y bastas, rinde homenage y releva las condiciones físicas cuya normalidad en la mujer catalana está significada en lo común de estos rasgos que ahora vemos juntados en admirable armonía. La Ben Plantada no se averguenza de sus manos un tanto anchas ni de sus piés no menudos, como se avergonzará una frívola y huera muchacha de la burguesía, la misma que hallará, sin duda, *áspero* y *poco fino* el hablar catalán, que disimulará la plena robustez de su talle en corsés de tortura, que á desprecio de la generosidad de sus flancos llevará los vestidos *collant* y *entravé*. Porqué el querer contrariar y disimular y pervertir lo clásico de la Raza, es labor de vicio y orgullo, labor nefanda y antiespiritual, lo mismo en el *parvenu* que para darse un buen tono imaginario habla castellano en familia, que en el arquitecto que encuentra adocenado nuestro sobrio estilo clásico, y llena nuestras calles de fantásticos orientalismos, que en el político que encuentra soso y rutinario el *seny* y el espíritu tradicional de la mentalidad catalana y se apresura á vestir la suya con extraña vestimenta jacobina.

Por lo demás, el Sr. Tenreiro, al despreciar la Ben Plantada, sin darse cuenta no ha hecho más que oponer á nuestra estética la suya propia. El tiene naturalmente, su tipo de belleza estético en «la mujer bonita y menuda,» en la mujer de su Raza, de una raza distinta—mejor ó peor, no lo sé ni hay que averiguarlo, pero sí tan alejada de nuestra estética y de nuestro sentido de la armonía, como alejada está del Mediterráneo. Hay algo de fatalidad en esta incomprensión. Es la geografía que lo impone. Tres cuartas partes de superficie de España miran á Occidente; por su estructura topográfica, viven en vertientes de la cuenca atlántica; de espaldas al Mediterráneo. Las lenguas mismas casi están repartidas según la influencia de los mares. Y incomprensión estética significa lo mismo que incomprensión ética, que incomprensión total del espíritu.

Aquél escalafón de ocupaciones en que la Ben Plantada clasifica sus preferencias, ¡qué profundo sentido del vivir encierra!

La primera, dormir Sí, dormir. Aunque el señor Tenreiro se escandalice de tanta vulgaridad. ¡Es que el dormir, el sentido espiritual del dormir es una cosa á conquistar todavía entre nosotros! Cien años de literatura romántica habían ahuyentado el sacro reposo nocturno de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Cien años de cultivar un una lírica en que toda prudente armonía era despreciada y toda viciosa expansión enaltecida, habían engendrado generaciones noctámbulas de cuerpo y lo que es peor, de alma. ¡Oh, la cara ojerosa y desencajada, oh, las desaforadas vigilias de incomprendidos y bohemios! La pereza ó el desorden ó el disgusto del trabajo diurno, la peña del café ó del ateneo, la aventura viciosa, la eterna habladuría estéril, todo esto es noctambulismo; radicalismo, rebeldías, protestas, todo esto es noctambulismo puro. ¿No ha llegado á ser *bon ton* en el mundo elegante femenino pintarse en el rostro fingidas señales de un aristocrático desprecio al descanso nocturno?

...La cuarta, bailar... La primera vibración de espiritualidad en Cataluña determinó una reacción exacerbada contra toda cosa sospechosa de *Juego*. Una generación agresivamente austera ha he-

(1) Pág. 21.

cho gala de su desprecio á todo lo que de cerca ó de lejos pudiese oler á frivolidad. Pero ahora, al descubrir la *seriedad* que en el fondo de la idea de Juego existe, el valor de *armonía* interna de la Danza, una inadaptación psicológica producida por aquella atrofía sentimental, engendra terribles problemas de sentimiento. Bailar es cosa vulgar, es inercia, imitación, materialismo grosero, frivolidad; cosa aborrecible al huraño propietario de algún peculio de *vida interior*. Sí, pero intervenido por el espíritu, por la conciencia, por el sentido vital, bailar es dar ritmo y expresión al cuerpo... y al alma. «La Ben Plantada» nos invita pura, serenamente á danzar con ella una danza ennoblecida por su misma simplicidad rítmica, eliminado ya el anecdotismo de lo material y sensual. El baile asciende ante nuestros ojos. Es una educación. *Es una cultura.*

Pero; de por medio estas terribles crisis de sentimiento, ó mejor dicho, crisis de expresión de sentimiento...! Bah! ¿acaso al señor don Ramón María Tenreiro le importarán gran cosa los problemas de la juventud de una raza que se permite *en pleno siglo* xx la hinchada vanidad de tener crisis sentimentales?

***

Con estos ejemplos entresacados de la ideología de «La Ben Plantada», con objeto de reivindicar el valor simbólico y normativo que don Ramón María Tenreiro le niega, no me propongo convencer á éste, sino de que «La Ben Plantada» es algo más que una *«señorita beocia»*, algo más que una anecdota de verano, que una biografía más ó menos literaria, que una oda intelectual á una vulgar muchacha burguesa... No pretendo que acepte y siga las lecciones que la Teresa nos dá para el vivir conforme á armonía; no olvido las razones geográficas y *marítimas*. Solo quiero que aprenda á respetar, por lo menos, una ideología en la cual nosotros hallamos un motor de actividades y de perfeccionamiento.

Después de tantos esfuerzos del señor Tenreiro en demostrar que somos tan *hueros* como los demás españoles, me doy por satisfecho con que confiese lealmente que lo somos *de distinta manera*. Porqué al fin y al cabo, aún aceptando que todo este armazón ideológico nuestro, todo eso de Cultura, Imperialismo, Novecentismo, Intervencionismo, Ben Plantada, Clasicismo, etc., no fuesen más que «grandes vaciedades,» ¿á donden nos conducen esos *vanos* símbolos, en que sentido influyen en nuestra vida, que resultado final producen en nuestra alma?

¿Nos llevan á la holganza, nos infunden escepticismo, nos aconsejan indolencia, nos sugieren anarquía y disolución, nos llevan á algún cataclismo?

No, por cierto. Nos llevan á *«la callada energía, al trabajo cotidiano y humildad»* (1).

Si todo aquello son ilusiones, benditas sean. Ya dirá el señor don Ramón María Tenreiro de qué ideología sacan impulsos los suyos para trabajar con fé y constancia en la reconstrucción de su raza.

R. RUCABADO

(1) Pág 197.—Ultimas palabras del epílogo.

"EPÍLOGO"

Ultimo capítulo de La Ben Plantada (1)

... Rememos, Nando, rememos; que la noche se nos echa encima y el tiempo es recio. Rendidos de fatiga caen mis brazos, y son ateridos de frío mis piés en el fondo de la barca. Adivino ahora el pensamiento que callas. Tú piensas que si yo dejase de trabajar, tú solo, más adelantarías. Sea pues, Nando; ahí me tienes todo entero en tus manos. Tú me guías, en tú confío tuyo soy para la vida y para la muerte. Oh, Nando, mi bravo pescador, flaco, de rostro oscuro, de ojos claros, de maravilloso silencio, tú, á quien nunca se te habrán oído siete palabras juntas, y aún obscuras y murmuradas! Tu silencio, oh mi Hombre de Pueblo, oh señor mío y mi guía, ha defendido tu pureza como un escudo, la ha exacerbado como un cilicio. Así, este pobre cuerpo tuyo, áspero y combatido, es también á modo de un templo de cosas inmortales. Rema, Nando, cumple la profunda ley, mudo como siempre, sobre el negro mar confuso. La Ben Plantada...—mira la playa desnuda, y allá á lo lejos vacía y cerrada su casa!—la Ben Plantada era semejante á una resplandeciente basílica de aquello mismo de que tú eres una pequeña ermita marinera. Ahora ella ha partido de entre nosotros y no nos quedas sinó tú, para delante de tí aprender y rezar. Yo me pondré, pues, oh puro Hombre del Pueblo, á tu escuela. Yo vendré de vez en cuando á tí, para repasar en el catecismo pequeño las lecciones estudiadas en la Biblia magnífica. Tú sirves también á la Raza, y obedeces á sus designios también, como la Teresa la obedecía, y como las sumisas bestezuelas del Señor que cumplen las tareas inacabables. Hay dentro de una Nación una sola Ben Plantada, pero hay millones de trabajadores, silenciosos y esforzados. Adorar la viviente imágen de una mujer arquetípica es cosa de un verano único; pero hay que remar cada día. Las inspiraciones significan momentos divinos; pero la continuidad representa también una inspiración, que santifica una larga serie de momentos. Deja, pues, Nando, mi pescador, que al saltar á tierra antes de separarnos, mi mano en tu mano, mis ojos en tus ojos, te dé gracias por la lección dada, y que me sabrás dar todavía, más de una vez: la lección de la callada energía, del trabajo cotidiano y humilde.

(1) Traducción de L. C.

Juicios sobre La Ben Plantada

Este libro de «La Ben Plantada» que habrá parecido á muchos una elegante y curiosa trivialidad, encierra en su seno un reflejo de la luz nueva, de la luz que nos ha venido con la revisión de valores que se realiza de doce años á esta parte y que, por lo mucho que deslumbra á los ojos acostumbrados á claridades crepusculares, nos parece una luz nueva. No hace mucho que en filosofía nos inclinábamos al monismo ó á su otro aspecto, el panteísmo, y hacíamos del pensamiento del hombre una pura acción, desligada por esto mismo de las cosas de la tierra y de los hechos de los hombres: asi como en arte nos asombraban las vaguedades y las fáciles sugestiones de la escuela impresionista. Este período de nuestro renacimiento, que había comenzado hace sesenta años con una falsa evocación sentimental de lo que se creía vieja alma catalana, era un avance, un movimiento que significaba una renovación si se le comparaba con la época de los laureles, rancios ya, de los primeros años de los Juegos Florales, pero era una desorientación; nos llevaba á una admiración loca, incondicional, «irracional» de ciertas escuelas de arte y de pensamiento extranjero que nada tienen que ver con nuestro genio nacional. Fué el período en que eran apóstoles de Cataluña Ruskin y D'Annunzio; en que se cogía el rábano por las hojas con Nietzche é Ibsen; en que las profesiones de fé se hacían con mayúsculas y devenían un arte trascendental la teorización política. En lo más fuerte de este movimiento encontróse este espíritu sútil y lleno de inquietudes que es Eugenio d'Ors, y en lugar de confundirse con él, sintió muy pronto el deseo de buscar otro camino. Rechazando las alas de cera que á tantos deslumbraban fué en busca de unas sandalias para atárselas á sus piés y poder con ellas andar tocando de piés en tierra, que es la mas segura manera de andar. Desde el año 1904 en que en una sección de *«El Poble Catalá»* aparecía el pseudómino «Xenius» hasta la publicación de este libro de *«La Ben Plantada»* la voz de Eugenio d'Ors se ha hecho oir diariamente; sin gritos, porqué no quería atraer multitudes, ni era su propósito hacerse admirar por el fácil camino de no hacerse entender. Hablaba con reposo de todo lo que creía digno de la atención de los que se complacen más con la conversación que con la oratoria, de los que piensan para vivir. Con él llegaba otro período del renacimiento catalán que tenía del renacimiento italiano la admiración de las líneas armoniosas del Partenon y tenía del espíritu del año 1900 la admiración por la exacta solución de un problema matemático que hay en las proporciones de este templo, que los griegos levantaron para honrar á la diosa de la razón, á Palas Atenea, tan diferente de aquella «Diosa Razón» de la Revolución francesa.

Así como en Madrid hace quince años que un espíritu también sutilísimo. Martínez Ruiz, conocido por *Azorín*, hablaba por primera vez de la evolución de la crítica, y aparecía tan súbitamente en el mundo intelectual de entonces que se le tuvo por anárquico; en Cataluña, las ideas que esparcía Ors después de haberlas recogido ya en el estudio de Erasmo ya en las lecciones de Emilio Boutroux, tenían para muchos un sabor á cosa demasiado nueva que dabatemor; el mismo que las casas acabadas de construir hacen á los reumáticos. Era una obra, la suya, todavía húmeda. Y en estos años, alrededor de la obra se ha ido formando una legión de estudiosos, que han contribuido á hacer de Cataluña, sino una fábrica de ideas de vida intensa, cuando menos un muelle para recoger los cargamientos de ideas que del mundo nos venían y así en la fábrica que era recién construída, no faltába el combustible. Este muelle, que se ha ensanchado de día en día, donde con todo y tener los ojos encantados por el sereno azul del mar Mediterráneo, no hemos olvidado girar de vez en cuando los ojos á nuestras montañas; ya tiene hoy día sus fundamentos bien sólidos y con harto espacio pasa que toda idea encuentre lugar, por lejana que sea su procedencia. Tenemos ya un *Institut d'Estudis* y una estátua de Esculapio, tenemos ya una escuela de escultores que busca el modelo en el cuerpo de nuestra raza y una escuela de pintura que acaba de nacer bajo la luz mediterránea. Tenemos ya traducciones de Menandro y de Virgilio, de Erasmo y de la lírica griega; ya la biblioteca catalana es una alma con cuerpo de firme belleza, y tenemos ya desde hace poco, un libro espiritual en que la mujer catalana es contemplada con el sereno amor del hombre que ha contemplado antes las ideas armoniosas.

***

La publicación de «La Ben Plantada» es un jalón en nuestro camino de renacimiento. Como los Misterios del camino que en las rocas del Montserrat llevan á las alturas, es este libro un jalón escultorico. Habla de como en una pequeña villa de la costa — una de éstas que la burguesía barcelonesa ha escogido para veranear reposadamente — apareció una moza que llamó la atención de todos y pronto fué de todos conocida moviendo á simpatía con sus maneras tanto como con su figura. Ella, que se llama Teresa y habla en catalán y tiene dos hermanas que se llaman, la una Sara y la otra Eugenia, y vestía este verano ropas holgadas en lugar de ceñirse con ropas estrechas y trabadas, pareció ser enseguida el punto central de la colonia veraniega. Su figura, un poco más alta que la de las otras muchachas y vestida de blanco, hace que las miradas vaguen hacia ella y que la mirada repose en ella, puesto que, aparte de tener la cintura demasiado alta, se ajusta en todo á una proporción perfecta, su movimiento, su manera de mirar, su voz, sus palabras, guardan la misma ley de proporción. Cuando dice «*adios*», cuando dá la mano, cuando baila, parece que con su presencia infunda serenidad, al verla aparecer, nos dice el autor, que conoceríamos que se volvía mas fácil y pausada nuestra respiración, que nos latía el corazón más deprisa, pero sin agitación, y nos vendrían á la boca palabras amables. Y «su manera justa, equitativa y mesurada de tratarnos á todos, nos haría fraternizar. De aquí nos vendría un deseo de darnos las manos. Luego, de darle la mano á ella Luego, de guardar la mano de ella en las nuestras un momento Después, de no abusar de este momento, y de dejar la mano, porqué ya se nos habría comunicado á nosotros el don de la medida».

Xenius nos dice como la Teresa viene de las Américas, como es el pueblo donde veranea, y la colonia del pueblo, como viste y con son sus hermanas y sus amigas y la casa donde vive. Su símbolo es un árbol, porqué así como un árbol tiene raíces en la tierra y ramas en el aire, y es, así bien plantado en la tierra y en el cielo; ella, la Teresa, el tipo de la mujer catalana, tiene en su carne la savia de todos los muertos de su raza, y su movimiento la conduce al porvenir, teniendo, de antemano, su gracia.

La forma humana no es siempre la misma. Cada época y cada pueblo la conciben á su manera. No recuerdo quien mencionaba la diferencia de una forma desnuda en las esculturas del Renacimiento francés y el desnudo en los escultores franceses del siglo XVIII: con Germain Pilon y Jean Goujón el desnudo es tranquilo, sin excitación á la lujuria, la firmeza y la gracia le son juntadas. Con Houdon y Clodion el academismo tiene la misma gracia, pero está faltado de aquella firmeza. El tipo ideal del d snudo es un reflejo exacto de la cultura de cada época. El tipo ideal de belleza femenina lo es todavía, porque es mas general. Como es nuestro tipo, el tipo catalán de mujer hermosa?

Si la belleza de «La Ben Plantada», que tiene la cintura algo demasiado alta; el pié «no muy menudo, pero fino y viviente en toda la extensión del talón á la punta», si, «en el paso se le adivinan las rodillas redondas, poderosas y perfectas», si sus brazos «bien llenos á raíz de la espalda, disminuyen dulcemente», si «en espera de las maternales abundancias, su busto está ahora todo consagrado á la suprema delicia de la respiración», si esta especie de belleza fuese nuestro ideal de forma femenina, reflejaría nuestro espíritu lejos del ascetismo que prescinde de las leyes naturales, y lejos del romanticismo que prescinde de las leyes históricas, y con ésto ya se podría comprender que el *seny* y el sentido de proporción serían en cada momento la ley de nuestras actividades.

Eugenio d'Ors ha escrito con «La Ben Plantada» un libro á manera de novela y á manera de teorización de estética nacional. Para la expresión de sus ideas no había encontrado todavía un armazón humano tan claro y perfecto como lo son para él, las líneas del cuerpo y el símbolo de la Teresa, joven catalana que veranea en un pueblo de la costa y que contesta á aquel soneto de Ronsard en que el poeta dice á Helena:

«Cueillez dés aujourd'hui les roses de la vie»

dice ella que la rosa de su vida, es su prometido. Ella en su aparición, hace sentir á Xenius unas palabras proféticas que son una norma: «El gusto irá haciendo cada día la moderación mas amada; y así decaerá el culto impuro al Becerro y los hombres serán menos tiránicamente movidos por el apetito de la ganancia; se dará su precio al exquisito ocio y al sagrado juego y á las formas acabadas y á la ironía. Entonces verás la nobleza de tu fina Raza resplandecer en toda su claridad.» Digamos nosotros sencillamente: Así sea.

ALEJANDRO PLANA

«El Poble Catalá».

Traducc de L. C.

Admirable Xenius:

Habeis hecho un pequeño libro extraordinario Llevábamos en el alma una pequeña imágen borrosa. Vos la habeis delineado á la luz del sentimiento patriótico, y como una revelación la habeis reproducido, guardándoos bien de retocarla sacrílegamente. No le habeis consentido al arte más que las funciones eliminatorias; y á pesar de esto mejor diría, por esto, cada línea, preñada de trascendencia, suscita larguísimos comentarios.

Absorbido por otros temas importantes os sorprendéis, (no con perfecta sinceridad, me parece) del despertar que ha producido «La Ben Plantada». Con perdón vuestro y de los Aforismos de Joubert y los libros de George Sorel y otras cosas por el estilo, que solo hablan á la curiosidad intelectual, es bien justa la preferencia y la especulación en torno de la gentil muchacha, providencialmente escogida para ser superior á todos y de la familia de todos y restaurar en nuestra alma el calor del vínculo gentilicio. Se nos aparece en un fondo de diafanidad helénica y nos enamora y calienta la sangre, aún con algo pecaminoso (de que ella, sencilla y más buena que el pan, está bien limpia) como si una gota de ponzoña fuese necesaria para encender los grandes apasionamientos. Confesad que vos también participais de la comezón. Este es el privilegio de ciertas creaciones que se hacen señoras del mismo que las ha dado á luz

Amorosa Agna María,
robadora de l'amor...

Así como el amor á veces premia la patriótica disciplina de los novios que se desposan por conveniencias diplomáticas, así la inspiración sobreviene luego para dar á la obra concebida con designio filosófico, palpitaciones de vida. Os habeis encerrado en el laboratorio con el auxilio, no del Diablo sino del espíritu catalanesco y ha salido de ello una mujer. El mito es criatura de carne y hueso; el símbolo despierta la gula de hincarle los dientes, como á una manzana madura.

¿Es novela? ¿Es historia? Lo mismo da. La Ben Plantada entra desde hoy en la categoría de los seres vivientes, con una diferencia: que no morirá; pero digámoslo en voz baja para no desvanecer ilusiones, ya que solo criatura mortal puede estar hondamente codiciada por los corazones flacos que engullirá la tierra.

¡Que bien vista la silueta y que bien adivinadas las adorables imperfecciones que la humanizan y la hacen bien nuestra! La cabeza un poco inclinada, efecto del rápido crecimiento, las manos anchas y un poco bastas (como las heroínas de la Odisea debían tenerlas) la nuca ondulante y como vencida—¡oh prodigio! ¿Y que diríamos de su hablar? No espereis de ella ocurrencias ingeniosas propias ¡ay!, de los que tenemos el vicio de escucharnos á nosotros mismos. Solo una que otra frase la oímos en todo el



libro, pero es para mostrarnos su alma abierta de par en par.

Yo escribí un día; «Si la norma clásica significase que nuestra Musa no se puede llamar *Teresa*..., no me conformaría.» Por esto mi corazón dió un salto al llegar al capítulo «del dulcísimo nombre de la Ben Plantada.» Lo hubiera jurado: tiene por nombre Teresa, y no por azar, sino porque mil razones imponían este nombre entrañable.

Caso digno de nota, el que la Ben Plantada nos fuese traída de Ultramar. Su madre probablemente la meció en la cuna cantando romances que á merced de las lejanías recobraban lo exquisito del perfume originario. De que llegase de las Américas hace pocos años y el aura del Océano soplase en sus sienes, gracias sean dadas al Genio protector. Así llevó en la clara serenidad de los ojos el prestigio de los grandes horizontes, sin sombra de soberbia; la imágen exótica se unió modestamente en la memoria para dar paso á la imágen nuestra, la visión familiar de la patria. El apartamiento, como un filtro restaura y clarifica; y el diario contacto con la actualidad grosera, deforma y mustiga las impresiones. El apartamiento conviene para conservar *«una larga y fiel obediencia á los designios silenciosos de la Raza.»* Por esto, la fresca melodía *«Que lí darem á n'el noy de la mare»*, el lenguaje sentido allá afuera, como eco aislado y dulcísimo de la tierra embellecida por la añoranza materna y la reverencia filial, suenan ahora más puros y adecuados en los labios de la recien nacida que en los cuestros.

A vos mismo es posible que algunos años de ausencia os despabilasen los sentidos, ya tan de suyo penetrantes, para descubrir la figura arquetípica dentro la turbia impresión de los accidentes y degeneraciones que se interponen entre el observador y la realidad esencial.

Yo bien quisiera hablaros del vestido de la Ben Plantada, del pueblo donde veranea, de la casa donde vive, de la fisiología, de la inmersión del cuerpo de diosa en la transparencia mediterránea, y sobre todo del novio, temido y presentado como una tragedia pero no acabaría nunca. Este novio dará mucho que averiguar á los futuros historiadores, y ahora seguramente es ya objeto de cavilaciones y disputas acaloradas. Quién dirá que es el ideal clásico, quién el intervencionismo, quién—..(iba á citar nombres pero creo prudente reservarlos). También es posible que alguno halle excesiva la severidad con que tratais aquél *actor*, y creed que si nos deja temporalmente, sin desvincularse por eso, la culpa no es suya, sino de los que aquí le regateamos lo que fuera le vierten á manos llenas.

Bellas cosas podrían decirse del *«Intermedi»*, de *«Una balladora»*, poemita volátil y punzante que en su primera aparición en el glosario ya me clavó su aguijón de abeja; de *«Una dama excursionista»* que da chillidos en las alturas «para que su voz llene las grandes concavidades de la tierra.» de la visión de Tivoli, de las palabras proféticas y emocionantes que allí oímos, y de tantas páginas armoniosas, hinchadas como vela de navío por un fuerte soplo de poesía. No las habéis escrito, no, con atropellada negligencia. Tienen la gravedad, el decoro y la buscada elegancia del que se engalana cuidadosamente para hacernos la presentación de su predilecta hija, criada en los pechos de la más pura catalanidad, que así pudo manifestarse al devoto caballero: «...Tu formulaste mi definición, que es una manera de conquista .. Mejor me sabes tú, que yo misma... En verdad se decirte, Xenius, que la gloria futura de tu raza ninguna criatura nacida en dolor bastará á cantar.»

Decís bien. Seamos fieles á las enseñanzas de la «Doctrina de armonía.» Pensemos en las costumbres de nuestro viejo Derecho; pensemos en el libro del Consulado de Mar; pensemos en Ampurias y en las escavaciones de Ampurias; pensemos en el Esculapio númen tutelar de nuestra restauración clásica; pensemos en las Crónicas y en la Ars Magna; pensemos en la escultura de Clará; pensemos en nuestro lenguaje que, después de un siglo de balbuceo literario resucita hoy á nivel de cultura...

Y, si os place, tengamos también un recuerdo de reconocimiento para el buen señor de Villanueva y Geltrú, padre de la gentil muchacha flor de la Raza.

Para religar la rompida cadena de la tradición, que tan luminosamente invocais, era precisa la paternidad de modesto ochocentista anillo necesario ante *los antiguos* y *la Ben Plantada*. Sin los años febriles de «Els Segadors» no habrían llegado los días serenos del «Institut d'Estudis Catalans.» Sin la semilla del Ochocientos no habría florecido la maravilla.

JUAN ALCOVER

«La Veu de Catalunya». Trad. de L. C.

Confieso que es con cierto temor y con una invencible inquietud que tomo hoy la pluma para hablar de la reciente obra de Eugenio d'Ors. Cuanto más revuelvo las páginas de este libro singular, más aspectos, más facetas, más reflejos descubro en él. Cuanto más medito en su contenido, más desorientado me siento para juzgarlo de una manera concreta, con un juicio nítido; para sujetarlo al nivel de un criterio estético, ético ó lógico determinado. Es tan rico este libro de influencias recogidas en el comercio fervoroso de todas las culturas humanas, y al mismo tiempo están tales influencias fundidas tan perfectamente en la personalidad intelectual y sentimental del autor, que se hace tarea sumamente ardua desentrañar y analizar todos los elementos externos y los personales depositados en el libro y descubrir las fuentes de su forma literaria y de su contenido ideológico.

Ha dicho Eugenio d'Ors en uno de sus *Glosarios* que «sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición». El, como pensador, como *poeta de las ideas*, se ha hecho acreedor al reconocimiento de todo nuestro pueblo por haber no sólo revelado esta profunda verdad en una sentencia más ó menos original, sino por haberla extraído y arrancado, como entraña viva manando sangre, de su propia personalidad, de su propio pensamiento, en forma de una vasta concepción poemática. La originalidad de la raza, la originalidad de la tradición intelectual de su pueblo: ésta es la ley que se ha hallado en el fondo de su pensamiento. Y ¡lo que es maravilloso! esta ley ingénita de la estirpe la ha descubierto palpitante en su propio pensamiento cuando éste se hallaba en plena fiebre de omnipresente curiosidad, cuando no sólo se asomaba á las múltiples formas del pensar europeo, sino que establecía contacto con él situándose en la peligrosa pendiente del cosmopolitanismo intelectual que tiende á una individualización absoluta del pensamiento, saltando por encima de todos los nexos humanos que van de la familia á la raza, de la Ciudad á la Nación.

Este individualismo intelectualmente nihilista lo ha evitado nuestro escritor con una gallardía sin par; y cuando los que seguimos atentamente el ritmo de su pensamiento temíamos verle caer en las garras de la sirena falaz del cosmopolitismo intelectual, le hemos visto con indecible gozo virar suavente hacia el templo de nuestros dioses lares, hacia el *mare nostrum* de las ideas nacidas del culto sentido hereditario de nuestra raza; de esta raza que también tiene derecho á erguir su noble faz y pronunciar su propio oráculo de cara al porvenir de la humanidad. Fruto supremo de este retorno definitivo al regazo maternal de la raza, operado por este novel caballero del idealismo latino que ha renunciado á ser caballero andante del pensamiento cosmopolita, es este libro de *La Ben Plantada*, gesto devoto con que un iniciado descubre el velo misterioso que ocultaba el símbolo plástico de la raza, la estatua viviente de la Tradición con la cara vuelta hacia el Futuro.

Este libro es un vibrante salmo de la liturgia con que nuestra generación intelectual se prepara á restaurar el culto á la raza, vivo é intenso en todos los pueblos fuertes. Y en esta glorificación de este sentido ancestral y eterno surgida del pensamiento de Eugenio d'Ors, hay que reconocer que el escritor se ha revelado en la construcción, en el estilo, en la estructura interna de su concepción, como un perfecto verbo de catalanidad, como una expresión legítima del eterno sentido de la estirpe que el ha querido ensalzar. Un estilo desnudo, nervioso, ceñido, revelando su elegancia y distinción el puro y simple ritmo del movimiento; algo así como el inmortal ábside de nuestra Catedral con la soberana simplicidad de sus columnas lisas, ágiles y nerviosas; algo así como nuestros horizontes familiares, clásicos y serenos, presididos por la ondulación plácida y austera del Montseny.

Muchas veces, antes de leer *La Ben Plantada*, había pensado que hubiera sido altamente interesante recoger y resumir en la fórmula más simple que se pudiese todo lo que han dicho los máximos poetas nuestros de la mujer catalana como símbolo y personificación de la raza. Lo que dijo nuestro gran poeta Juan Alcover de la mujer mallorquina, en su magna poesía *La Serra:*

Oh flor de montanya, fina morenó,
oh la pageseta qu' es una pintura
y té la cintura
com un gerricól etc.

Lo Dicen y Lo Hacen



Innumerables son los testimonios que se nos remiten espontáneamente, certificando la eficacia de los Pellets del Doctor Mackenzy para curar los resfriados y catarros en 24 horas. Son el tributo de honor á esta incomparable especialidad, que siempre cumple lo que se asegura de ella. Y no sólo curan los Pellets en 24 horas el peor resfriado sin necesidad de hacer cama, ni de usar sudoríficos, sino que curan también y duraderamente, la propensión al catarro, en las personas que siempre cojen resfriados. Son fáciles de tomar y no dañan á los estómagos más delicados. Los venden todas las buenas farmacias al precio de Ptas. 1'50.

tiene su paralelo referente á la mujer valenciana, á la rosellonesa, á la de las distintas comarcas catalanas en los versos de otros poetas de nuestro Renacimiento. El conjunto de estas pinturas vivas de nuestra mujer podría dar idea de un tipo sintético y único, de un arquetipo de feminidad en que se revelarían nítidas y precisas las virtudes cardinales de la raza. Pues bien, Eugenio d'Ors ha realizado con una maestría sin igual lo que había acariciado muchas veces nuestro pensamiento. Y ha hecho aún más. No la ha hecho solamente vivir la vida presente á nuestra mujer simbólica, no sólo ha precisado con un golpe definitivo de cincel sus líneas esenciales, sino que ha sabido transfigurarlo en ideal, en algo metafísico y trascendente, en una apoteosis en que todas las virtudes esenciales de la raza tienen su altar imperecedero. Desde ahora puede decirse que el sentido salvador de raza, que en tantas ocasiones de peligro tiene que elevar su voz, ya tiene un pecho vivo en que palpitar, unos labios ardientes donde articularse, un brazo y una mano en que revelarse con gesto definitivo é imperioso; ya tiene, en fin, un oráculo viviente para poder formularlo y proclamarlo en las ocasiones solemnes de nuestra historia. *La Ben Plantada* ahí está erguida, plácida como Diana, amorosa como Afrodita, severa como Minerva, dispuesta siempre á darnos un consejo salvador, á cogernos de la mano y conducirnos en los malos pasos, como Virgilio guiaba de la mano al Dante al través de los tormentos y tinieblas del Infierno.

«Las mujeres nos hacen volver á entrar en la raza», ha dicho profundamente un ilustre escritor. Y ha sido, en efecto, la mujer real, viva, la que ha dicho á Eugenio d'Ors la profunda palabra que acaba de revelar en su último libro, no una mujer-fantasma, no una mujer-abstracción y puro símbolo. Verdad y Poesía en un estrecho abrazo vuelven á presentársenos en este libro, que á nuestro juicio contiene más influencias de la vida de su autor sobre su obra que lo que á primera vista pudiera parecer. Detalle es este que la biografía de su autor nos podrá aclarar con el tiempo. Pero de una cosa estamos seguros; y es, que se equivocará el que juzgue la figura de *La Ben Plantada* como una pura abstracción. como un puro símbolo cerebral. La sustancia personal y viva, la sangre verdadera que fluye por las venas de *La Ben Plantada* es algo que preocupará vivamente al crítico futuro que quiera volver á vivir nuestra vida intelectual presente. ¿Quién sabe si en esta «carne y hueso» de la viva realidad personal de *La Ben Plantada* no se oculta toda la génesis del símbolo, la fuente inicial de toda la construcción ideológica del libro?

No podemos dejar de hablar de *La Ben Plantada* sin antes mencionar dos libros, cuyo recuerdo nos evoca invenciblemente la obra de nuestro escritor. Uno de ellos es la *Vita nuova* de Dante. Si se escribiese un tratado sobre el tema «El Dante en Cataluña», en él se habría de estudiar indudablemente *La Ben Plantada* de Eugenio d'Ors. Aparte del carácter real-simbólico de la figura de la heroina, hay multitud de detalles externos que enlazan á nuestra *Ben Plantada* con la Beatriz dantesca. Como ésta, aparece aquélla al escritor por primerá vez vestida de color blanco. También hallamos en la obra de Ors la alabanza pitagórica del número «tres» como en la *Vita nuova* se hace con el «nueve». La influencia misteriosa de *La Ben Plantada*, haciendo huir toda mala pasión de su alrededor y ennobleciendo y volviendo mejor cuanto le rodea, es de acentuado sabor dantesco; es la misma virtud de Beatriz *per che si fa gentil ciò ch'ella mira*, la virtud de comunicar aquella *dolcezza* que *nasce nel core a chi parlar la sente*. La dolorosa tragedia en que acaba la historia de *La Ben Plantada* está escrita con aquel acento solemne y profético con que describe Dante el tránsito doloroso de Beatriz; finalmente, el libro de Ors acaba con una visión ó transfiguración de su heroina como la obra de Dante.

El otro libro evocado en nuestra memoria por el libro de Eugenio d'Ors es *Le Jardin de Bérénice* de Maurice Barrés. ¿Conocéis este libro original? Nada tiene que ver por su fondo ideológico con el libro de nuestro escritor. Pero lo recuerda por su estructura exterior. En la obra de Barrés también es la heroina, Berenice, una mujer real (con una realidad infinitamente más baja que la de *La Ben Plantada*) y simbólica al propio tiempo, encarnación del instinto, del fondo inconsciente del alma popular, que como *La Ben Plantada* se erige en guía, maestro y educador del escritor, harto y doliente de un exceso de cultura cerebral. Pero así como Barrés califica á su obra de *traité de la culture du moi*, Ors define la suyo como un *assaig teoric sobre la filosofia de la catalanitat*. La enseñanza de la ley de raza en Ors y la del alma popular en Barrés tienen, pues, en una y otra obra orientación y finalidad diferentes dentro del marco de novela simbólica en que se mueve la concepción de uno y otro autor. Recordamos que Anatole France al hacer la crítica del *Jardin de Bérénice* también evocaba el recuerdo de la *Vita nuova*. Una visión cierra también el libro de Barrés: la heroina transfigurada se aparece al autor para decirle su testamento y descifrarle su símbolo, como acontece en el epílogo de *La Ben Plantada*.

Y lo admirable del libro de Ors... A pesar de la multiplicidad y heterogeneidad de las influencias recibidas por la extraordinaria cultura de nuestro escritor, por encima de los recuerdos de otras literaturas que suscitan otros muchos pasajes del libro, la obra queda fuerte, personal, irreductible, como si al través de la sabia estructura externa pasase un espíritu sutil, impalpable, resistente á todo análisis, y que fluyese imperceptible y se filtrase por todas las articulaciones de la concepcion, convirtiéndola en algo emimentemente único é inconfundible, en una creación de dura médula catalana, por más que algunos de los tejidos que la cubren puedan ser producto de una sabia asimilación de elementos externos.

En la misma insignificancia burguesa de *La Ben Plantada*, armoniosa del *Seny* ancestral, hay una admirable lección de unidad y de continuidad, una lección de alta cultura con raíces en el fondo inconsciente de la raza, de esa cultura «antigua y noble» que aquella sencilla muchacha «tendría aunque no supiese leer», como observa Ors profundamente, de esa cultura conservadora del divino instinto de la raza, única base de una super-cultura nacional y que más pura suele conservarse en el alma humilde de un «Nando» el buen remero, el pescador obscuro y silencioso que en la del intelectual y lleno de vanas cavilaciones sentado frente á él en un banquillo de su barca; una lección de aquel instinto de obediencia á una ley honda y á una armonía inefable y oculta que siguen *les sumises bestioles del Sényor* que rodean á *La Ben Plantada*. La confesión es preciosa viniendo de quien viene; porque viene del cerebro más centelleante de irradiaciones cosmopolitas que hoy tenemos en nuestras filas, de una inteligencia abierta como ninguna otra á los cuatro vientos de la cultura universal, del más empedernido teorizador de todas las ideas y orientaciones que se ciernen en el mundo actual del pensamiento. Bendita sea *La Ben Plantada*, y sálvenos ella del abismo terrible de ese dilettantismo egotista y sin base colectiva y tradicional que tantos estragos ha hecho en nuestras letras, y de otros dilettantismos cien veces peores que ya empiezan á asomar su cabeza amenazadora en otras esferas de nuestra actividad intelectual.

MANUEL DE MONTOLIU

«La Vanguardia.»

La Ben Plantada.— Para celebrar el séptimo aniversario de la entrada en *La Veu de Catalunya* del más extraordinario colaborador que diario alguno ha tenido jamás, los admiradores del sutil Xenius han reunido en un elegante volumen aquellas de sus glosas cotidianas, que dedicó á la verdadera Catalana, perfecta en su simplicidad nativa, bien plantada en la tierra por sus raíces, en el cielo por sus ramas, fruto robusto del terruño, preservado de malsanas aproximaciones á modas extranjeras. Para representarnos á nuestra vez este tipo, símbolo femenino del genio de una raza, nos sería preciso ante todo definir el autor, y, á este fin, hojear casi todo el prodigioso glosario. Mas, el glosario no es nada menos que una *Suma* de los tiempos nuevos, y si Xenius es un Proteo casi inabarcable... ¿como aprisionar en algunas líneas de un fin de crónica (1), esta múltiple actividad de filósofo y de artista, de universal curioso, á quien la joven Cataluña debe tantos beneficios espirituales? Lo probaremos pronto, con un gusto mezclado, lo presiento, de un respetuoso y muy sincero espanto. Entretanto señalalaremos en *El Poble Catalá* del 5 Febrero 1912, el excelente estudio que Mr. Alejandro Plana, uno de los más penetrantes críticos que yo sepa, consagra á *La Ben Plantada* y al autor.

MARCEL ROBIN

«Mercure de France».—París.
Núm. del 1.° Marzo 1912.

Trad. de L. C.

(1) La crónica está dedicada casi por entero á Juan Maragall y constituye un brillante estudio de la obra de nuestro gran Poeta, que tendremos la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores con ocasión del número Maragall, que estamos preparando.—N. de la R. de «C».

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS
Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA
ALOY